

# *LECTURAS*

Jean-Francois Lyotard, *¿Por qué filosofar?*

Paidós, Barcelona, 1989, 164 P.

Este libro da cuenta de cuatro conferencias pronunciadas en la Sorbona durante los meses de octubre y noviembre de 1964, dirigidas a estudiantes de Propedéutica. Pero antes de entrar en el tema del libro digamos que dichas conferencias están precedidas por un excelente estudio de Jacobo Muñoz que sirve de introducción no sólo a las conferencias en cuestión sino al pensamiento de Lyotard en general. Así Muñoz emprende la tarea de situar a Lyotard en el enmarañado paisaje de la izquierda en Francia analizando su paso por *Socialismo o barbarie*, su vinculación con la fenomenología y con el movimiento del Mayo francés de 1968. En definitiva, los recorridos de su "deriva" por la filosofía a partir de Marx y Freud. Quizás una de las consideraciones más interesantes sea la de desentrañar el perfil de Lyotard como "filósofo del deseo", desatendiendo toda filiación posible entre deseo y privación o deseo y ley para exacerbar su carácter esencialmente productivo y positivo, acercándose en esto a los escritos de Lacan.

Es su veta estética ("estética libidinal") quizás lo que más haya perdurado a través de textos como *Discurso, figura* que es la base de trabajos más recientes. Un informe -por encargo- sobre el saber en las sociedades industriales avanzadas enciende un gran número de polémicas en torno a nociones como las de modernidad y posmodernidad, discusiones que junto a su alto grado de vitalidad poseen también un alto grado de malentendidos. Alrededor del fenómeno de la caída de los grandes relatos legitimadores se cuestiona no sólo el ideal emancipatorio de la modernidad sino también a la modernidad toda.

La atención de las conferencias se centran no tanto en la búsqueda del status de la filosofía cuanto en la aclaración autoconsciente de la actividad misma de filosofar. La pregunta originaria ¿por qué filosofar? deja lugar a esta otra, ¿por qué desear? La remisión a lo que hay de *philein* (amor, deseo) en la filosofía exige el abandono, en el tratamiento del problema del deseo, de la polaridad sujeto-objeto (el que desea-lo deseado) y su sustitución por un enfoque más dinámico que sería entender al deseo como el movimiento de algo que se dirige a lo otro

como hacia lo que le falta a si mismo. A través de Platón, en *El Banquete*, surge claramente la ambigüedad de Eros: la de la vida y la muerte, que es la misma ambigüedad que en nuestro tiempo caracteriza a las neurosis. Y la cuestión estriba en reconocer que siempre hay un reverso de las cosas que es una ausencia de telón de fondo que no cesa de estar presente en nosotros. Teniendo siempre como base *El Banquete*, Lyotard ve en la argumentación de Sócrates en diálogo con Alcibiades un llamado a evitar el filosofar como deseo de sabiduría pues se trata de buscar *porqué se busca*, desear el deseo. El acceso a este movimiento del deseo es múltiple. No hay una vía privilegiada, y lo que es muy importante y propio de la filosofía: el deseo se repliega sobre sí mismo de manera tal que intenta comprenderlo, así resulta que "filosofamos porque queremos, porque nos apetece".

En la segunda conferencia el núcleo problemático está dado por la referencia al origen de la filosofía que será examinado desde dos puntos de vista diferentes. Primero, desde el pensamiento de un filósofo presocrático, Heráclito, quien profundiza en el problema de lo uno y lo múltiple, en la unidad presente en la multiplicidad, relación regida por el *logos*. Esta unidad polémica de los elementos que componen el mundo se ha fragmentado. La unidad -el logos- no ata más los elementos heterogéneos. Pero, y aquí nos internamos en el otro punto de vista, si el logos se hubiera perdido definitivamente ni siquiera nosotros podríamos plantearnos el problema de la unidad. Y la historia de la filosofía da cuenta de una sucesión discontinua de pensamientos que buscan la unidad, el *sentido*. "El deseo de unidad es la prueba de que esa unidad falta, pero también la unidad del deseo demuestra su presencia".

El decurso del tema se dirige, en la tercera conferencia, al análisis de la relación de la filosofía con la palabra, lugar en donde el autor recomendará tener en cuenta ciertos aspectos importantes de la palabra: no considerar al pensamiento como una sustancia interna que se sirve de la palabra; tampoco el sujeto que habla es el autor de lo que dice, ni es el individuo un transcriptor ("inspirado") de algún mensaje que le adviene desde fuera. Con estos recaudos presentes, el autor sostiene que hablar es comunicar pero no según algún modelo emisor-receptor sino entendiendo por comunicación el fenómeno de restablecimiento de aquella discordia a que se hizo referencia en la conferencia anterior. Todo esto para Lyotard indica algo fundamental: la palabra no viene del hablante, posee el don de relacionar a los interlocutores y está presente en lo aún no dicho. Abordar la especificidad de la palabra que es filosófica porque no alberga pretensiones de respuestas omnímodas a cuestiones planteadas por el deseo sino que reduplica su carácter filosófico por saberse capturada aún cuando su mayor deseo sea poder aprehender.

Para concluir, el autor en la última conferencia se refiere a la relación entre filosofía y acción, y lo hará a través de un sugestivo análisis de la undécima tesis sobre Feuerbach escrita por el joven Marx. Básicamente trabaja en torno a la faz *poética* de la palabra, combatir la dicotomía

entre los que obran y los que hablan. Para abordar esta temática es que se hacen ciertas precisiones como determinar qué se entiende por acción transformadora desenmascarando una serie de falsificaciones del sentido propio del obrar muy comunes en nuestro tiempo. La acción, lejos de clausurar el deseo, expone al individuo más abiertamente que cualquier meditación a la responsabilidad de decir y hacer. El discurso filosófico, en definitiva, ejerce acción contra todo aquello que impida al deseo tomar la palabra.

Esto es parte del contenido de un libro que se quiere introductorio a la filosofía y que lo hace sin abdicar ni del rigor ni de la originalidad a que nos tiene habituado este gran pensador.

CARLOS LONGHINI